

la estepa florecida

Leandro Alva



poesía

Árbol de la ciencia

No queda nada
de aquel manzano
que plantó mi abuelo
sin embargo
los gorriones aún frecuentan
las ramas que no están.
Vienen volando
se detienen en mitad del aire
como si un viento en contra los frenara
pero no es así el asunto
ellos conocen
los rincones de la ausencia
y descansan allí
como si nada.

Raza

*Tanto desierto me has dado,
mujer de arena que se va...
Julio Félix Royano*

Según refieren antiguas historias
en la lengua del desierto
habita una raza de mujeres
de arena.

Con frecuencia se confunden se arremolinan
se atormentan
en ocasiones adoptan semblantes
de fortaleza invicta.
Conocen todos los oasis
habidos y por haber
aun
los ocultos lugares donde la sed
y el oficio de callar
al igual que los puertos y los hombres
reclaman el papel de la esfinge que pregunta
o su espejismo.

Lo que sobra

La fiesta se acabó
papel picado en el suelo
botellas vacías
milonga que se apaga
como un pucho.

Nadie se acordó
de la piñata
colgada en la luz del patio
llena como la panza
de un Buda
preñada virgen
la veo bien desde acá.

Barquitos de papel

El intento de justificar naufragios mediante la filosofía
es un consuelo equívoco;
archivar el fracaso
ver qué opinan Platón o Schopenhauer,
rastrear esbozos biográficos
de artistas impares
para comprobar sus angustias
y decirnos:
a Tchaikovsky también le pasó...
Nada de eso sirve,
en la noche del ateísmo fatigado
sabemos que no somos ellos,
que no tenemos nada en común
excepto ese fracaso
tan impersonal
como la fauna
de un quirófano.

Chau, no va más

Nunca sabemos
cuándo
nos despedimos de alguien por última vez.

Una mano que se agita
desde la ventanilla de un taxi
puede ser todo
a la hora del cigarro
en el patio de una sala velatoria.

Nunca sabemos cuándo alguien
dice chau
y nos da su palabra.

Recuerdo de Guatemala

En un cenicero que nunca uso
puse dos piedras
que traje del lago Atitlán
una es traslúcida
como un vientre a punto de parir
la otra oscura
de tanto perdonar al sol

en ese contraste
veo la orilla donde lavé mis pasos
el agua limpia bajo las uñas
tu voz atardecida
que hace sapito antes de hundirse.

Perra muerte

Cuando venga la muerte
si me alcanza primero
quiero que mi perro vea mi cadáver
quiero que lo olfatee
que le chupe el frío de la cara
que intuya que no soy el de siempre
que ya no pertenezco a la manada
que estoy definitivamente afuera
que a pesar de mi lealtad sin medida
no pude torcer el oscuro postulado.

Cuando venga la muerte
si me alcanza primero
quiero que mi perro vea mi cadáver.
No quiero que sospeche
que lo he abandonado.

Banquina

Llueve con fuerza
sobre la ruta de un país extranjero.

Estás mirando
a la lluvia mirándote.

El ojo de la tormenta
no va a dejar de rugir su lágrima
ni siquiera cuando escampe.

Un vidrio en el barro
te lo está diciendo
ajeno al idioma de este mapa
el arco iris enmudece.

La ventana

Ya decidió
mirando la humedad en el reflejo
ya borroneó su última queja
sobre los renglones de un tigre muerto
sabe que el tiempo
no es más que el sudor de la lluvia
lo sabe ahora
en el palimpsesto de la ventana que mira
sin descanso
como si una mano lo saludara
desde adentro.

Trío

I

El sol apenas
a la sombra del sauce
tu sola pena.

II

Casi despierto
entre dos limoneros
un colibrí.

III

Hundiéndose ya
en aguas de la noche
la luna junco.

Nochebuena

Siempre íbamos de vacaciones a Entre Ríos.

Yo tenía doce años

los mosquitos de la costa del Uruguay

comían de mi espalda tierna

la piel llena de OFF y de reencarnaciones.

En la margen opuesta

alguien prendía y apagaba linternas

refucilos portátiles.

Mi viejo

aseguraba que eran señales

códigos secretos de contrabandistas

que jamás pudimos descifrar.

Para mí

recién ahora lo comprendo

eran estrellas de Belén que no seguimos

y ahí quedaron.

Frozen

Nos íbamos a encontrar
a la salida de la estación Mûstek.

Un poco de nieve pospuso la cita.

Un poco de nieve
que sigue cayendo.

Duermevela

¿Viste cuando cerrás los ojos al filo de la vigilia, y ves, detrás de los párpados, un paisaje conocido que no podés precisar (una playa, un mar picado, una glorieta en la sombra), y de pronto sabés, con absoluta certeza, que alguna vez estuviste ahí?

Esas evanescencias, que parecen fantasmas arrebatados a la infancia de otro, son más tuyas que de nadie. Y tienen música.

Buscame entre ellas. No quiero viajar solo.



Leandro Alva (1975) nació y vive en Temperley (Buenos Aires, Argentina).

Estudió letras en la UNLZ y en la Universidad Carolina de Praga.

Publicó el poemario «Tundra» (2011) y trabajó en el libro del Museo Expresionista Edmund Valladares durante 2016. Sus siguientes obras son «Selvas del aire» (2018) y «El maxilar de Gardel» (2019).

Algunos de sus poemas han sido incluidos en «Cartas desde el Maule - Cartas desde Buenos Aires» (2017), «Paredes del conurbano. Arte, política y territorio» (2019), «Roberto Juarroz baja en Temperley» (2022) y «Toda poesía es hostil al anarcocapitalismo» (2024), entre otras publicaciones.

En 2019 editó «Aguafuertes Temperlinas» (Ediciones Lamás Medula) junto a Enrique Pagella.

Participó de encuentros literarios en Cuba, México, Chile, Costa Rica y España.

Se desempeña como coordinador de talleres de escritura, crítico de arte, productor radial y traductor.

